

FUENTES Y MÉTODO PARA LA TRANSICIÓN POLÍTICA EN LA HISTORIA LOCAL*

José-Leonardo Ruiz Sánchez

Universidad de Sevilla

Es habitual en el mundo occidental conmemorar hechos del pasado al cumplirse determinadas anualidades que tienen como común divisor el número primo cinco: el primer lustro, las distintas “bodas” y, particularmente, las décadas (dos lustros); llegado a la centuria también se mantiene en la conmemoración la constante cinco. Al cumplirse los veinte o veinticinco años –según el acontecimiento del que se trata– del inicio de la Transición Política quise aportar *mi grano de arena* en la conmemoración/celebración. Se trataba de analizar el proceso desde un punto básico, un municipio concreto, en donde se ponía en práctica un programa planteado desde la cúspide del poder político. Sin pretensiones de hacer un modelo válido para el todo el país y menos de dar lecciones a nadie buscamos en la profundización de los condicionantes locales una nueva perspectiva de un proceso exclusivamente político planteado desde Madrid.

Aparte del aniversario me seducía el análisis de aquellos momentos por tres razones básicas. En primer lugar tenía interés por efectuar la narración de unos acontecimientos de los que, sin ser protagonista, tenía mi propia percepción de los mismos; el

* Este trabajo se inserta dentro del Proyecto de Investigación BHA 2001-3852-C05-04 de la DGICYT, “La Transición a la democracia en Andalucía: modernización social, actitudes y estrategias ante el cambio político”.

municipio elegido era aquel en el que yo había vivido la Transición. En segundo lugar todavía estábamos a tiempo de contar con los protagonistas; de algunos guardaba aquel testimonio que se le hizo en el transcurso de los acontecimientos; de ellos se requerían básicamente sus vivencias, sus dudas, sus temores, sus compromisos... para insertarlos en el relato elaborado a partir de las todavía precarias fuentes. Por último había otra razón radicalmente distinta a las anteriores. La idea surgió al observar que la clase política que accedía al poder en la segunda mitad de la década de los noventa efectuaba una idealización de aquellos momentos, un enmascaramiento de aquella realidad que, en cierto modo y circunstancias, yo conocí. Dicho de otro modo: estos políticos presentaban como parte de su prosapia a un seráfico Suárez, cuyo retrato presidía la galería de sus hombres ilustres al tiempo que condenaban al ostracismo, allá donde la penumbra se confunde con la oscuridad (como dicen las antiguas crónicas, a *finisterre*), a otros, curiosamente sus auténticos referentes. Frente a esta relectura, más bien tergiversación de los hechos (“cosas de la política...” dicen algunos), consideré un deber elaborar un texto con mis precarios medios y conocimientos. El no tener problemas para su publicación constituía un acicate¹.

* * *

Como se ha apuntado antes, el marco del estudio ha sido Berja, en la provincia de Almería. Como consecuencia de una feroz emigración en la década anterior, en los años setenta presentaba una población estancada. Los once o doce mil habitantes se distribuían entre un núcleo principal y numerosos barrios, algunos populosos, que gozaban de cierta entidad dado que se hallaban entonces distantes del núcleo central de la población; incluso contaban con parroquia propia. La cuestión no es menor: aproximadamente la mitad del censo electoral virgitano (gentilicio de Berja) correspondía a residentes en estas barriadas. En nuestra opinión, la idea de un centro y una periferia (barrios) no respondía –al menos en estas fechas– a una distinción radical de niveles de riqueza en beneficio del núcleo principal; ésto era más propio de épocas pretéritas, no tan lejanas, cuya plasmación visual más clara había quedado reflejada en las distintas arquitecturas que todavía coexisten en el municipio. En el centro podían convivir los propietarios agrícolas e inmobiliarios (en su mayoría rentistas), los

1. RUIZ SÁNCHEZ, José-Leonardo: “La Transición Política en Berja (Almería). Apuntes y recuerdos para la Historia”, en *Farua*, Revista del Centro Virgitano de Estudios Históricos, nº 2, pp. 175-210, Berja, 1999.

responsables de las languidecentes empresas mineras, el funcionariado, casi todo el comercio, pero también agricultores, obreros y aún menestrales en las zonas marginales de ese núcleo principal. En los barrios había ciertamente braceros que mayoritariamente y en creciente número marchaban diariamente a los invernaderos de El Ejido donde obtenían jornales muy superiores a los que se pagaban en Berja; pero también abundaban los propietarios agrícolas que trabajaban sus propias tierras y podían tener niveles de renta superiores a muchos de los censados en el centro. Y en un análisis riguroso de sociología política resultaba interesante saber en que sectores de la población, sobre que mentalidades anidaron los mensajes proclives a los cambios que anunciaban y promovían los controlados medios de comunicación.

La referencia a la existencias de “parroquia propia” al aludir a algunos de los barrios no se ha hecho gratuitamente. Mi línea de investigación (que no es la Transición precisamente) me ha hecho ver la necesidad de no mirar de soslayo el tema religioso. A la altura de 1975 buena parte de la Iglesia española no se identificaba con el Franquismo; por el contrario, en las procelosas aguas de los sesenta y setenta los seguidores peninsulares de Pedro habían puesto proa hacia un puerto muy criticado por muchos que luego –paradojas de la vida u oportunismo político (en la época se decía más bien “cambio de chaquetas”)– ellos mismos recalarían sin mácula (del pasado). No es el lugar de explicar, en el caso de la Iglesia me refiero, el por qué ni el cómo de este cambio por cuanto debe ser conocido. Me interesaba conocer si la iglesia local rezumaba algún color político, su comportamiento en el proceso, el poder de influencia sobre las conciencias (que luego votaban), el grado de compromiso que existía en la feligresía y, como se podrá entender, no era lo mismo ver el comportamiento de una parroquia con seis mil almas (la del centro de la ciudad) que la de un barrio donde la feligresía se reducía a menos de la séptima parte de aquella en el mejor de los casos.

En puridad desde el primer momento nos interesó todo aquello que pudiera llevarnos a reconstruir la realidad virgitana de aquellos años. Algo así como una foto fija de los años setenta. Ya hemos señalado la evolución de la población y la distribución de los sectores profesionales por los distintos núcleos del término municipal. El análisis de la precaria situación económica local no podía faltar dado que era posible que el malestar existente pudiera alimentar los deseos de cambio político; las distintas catástrofes (riadas, olas de calor) fueron referencia obligada por las consecuencias en la situación económica y, más allá incluso, en el ánimo de la

población. No se nos escapó del análisis el plano cultural (biblioteca, semanas culturales, organizaciones culturales, conferencias, publicaciones locales), los ágoras de debate (oficiales o no), en donde ante la cambiante realidad podían gestarse llegado el caso las nuevas estructuras de poder: las organizaciones políticas.

Especial importancia dimos al análisis de la estructura político administrativa del tardo franquismo en Berja, el Movimiento. No fue necesario profundizar en ello; tan sólo recordar que las corporaciones locales fueron las últimas en adaptarse al nuevo marco político; o dicho de otra manera: fue con la representación local heredada del franquismo con la que se hizo la Transición y no se completó mínimamente hasta que los cambios llegaron al nivel municipal. Necesitábamos conocer los nombres de los distintos alcaldes (y jefes locales del movimiento) y concejales, su adscripción a los distintos tercios de representación, la movilidad de la representación, su actuación y disposición a los cambios acaecidos desde la muerte del General; de otro lado se precisaba conocer la gestión desarrollada por estas autoridades (la gestión político-administrativa –no lo olvidemos– más próxima al ciudadano) y en concreto por el Alcalde, cuya capacidad de maniobra (“hacer cosas” que los vecinos pudieran palpar) era escasa a tenor de los recursos disponibles y la legislación vigente.

Dentro de la estructura local del Movimiento nos interesó el funcionamiento del Consejo Local, del sindicalismo vertical (la *CNS*, como se conocía aquí), de la Sección Femenina y de las organizaciones juveniles (Organización Juvenil Española –OJE– cuya sede se le seguía denominando Frente de Juventudes a pesar de la existencia de un rótulo luminoso en el que rezaba “Hogar Juvenil”). El nivel de funcionamiento de estas instituciones, su capacidad de adoctrinamiento en estas fechas y –en el caso de que lo hubiera– el sentido que podían darle en una mutante situación política era lo que nos llevó a ellas. Más allá del mismo Movimiento procuramos conocer por donde andaban las preocupaciones de la fuerza de orden público en la localidad: la Guardia Civil.

El ámbito local de nuestro trabajo no nos apartó de una contextualización general, de ámbito nacional, cuyas líneas fundamentales van siendo poco a poco historizadas. En este sentido lo que más nos interesó fue conocer tanto el marco concreto sobre el que recayeron unas estrategias planteadas, diseñadas y decididas desde arriba como la distintas respuestas que desde este mismo ámbito local se dieron en el devenir de unos acontecimientos que constituyen, hoy por hoy, la cimentación de nuestra actual democracia. Tiempo habrá de constatar si las deficiencias del

edificio obedecen a patologías de cimentación y de estructura o, simplemente, es cuestión de revoco y pintura.

* * *

El análisis anterior tenía, junto a las dificultades propias de cualquier estudio centrado en un ámbito local, las añadidas al referirse a un tiempo presente. No obstante contaba con algunas ventajas como las derivadas de poder abordar la cuestión con algunos de los protagonistas de los acontecimientos; y no sólo de éstos (que pueden caer en la tentación no ya de mentir sino contar aquello que les interesara o conviniera con exclusión del resto) sino de otras personas que fueron testigos oculares y que sólo la finura del analista permite averiguar la imparcialidad del testimonio. Pero vayamos por partes.

La fuente por excelencia para un estudio local es el Archivo Municipal. Ciertamente es que los Archivos Históricos Provinciales que han conservado la documentación de su respectivo Gobierno Civil pueden resultarnos útiles pero —entendemos después de cotejar, en el caso presente, lo existente en ambos depósitos— sólo si la municipal es incompleta. Las distintas Corporaciones, las elecciones corporativas, la labor desarrollada, etc. puede conseguirse con facilidad y paciencia en las dependencias locales. Lo hemos referido en otros trabajos y lo indicaré una vez más: la documentación municipal no se circunscribe a los libros de actas sobre los que ha recaído tradicionalmente (y lamentablemente en algunas ocasiones únicamente) el celo del Secretario en razón a que en ellos figuran los acuerdos municipales. En algunas ocasiones hay sorpresas como nos ocurrió al encontrar entre la documentación municipal datos del Consejo Local del Movimiento (vital para rastrear las trayectorias políticas, entre otras como luego referiré de algunos de los fundadores de la UCD local) e incluso las elecciones para su constitución a comienzos de los setenta (entre cuyos papeles se guardó el cuerpo del delito de una sección: el resultado real y el oficial).

Las publicaciones locales como fuente para esta historia escasearon; sería con posterioridad cuando el Ayuntamiento (*Boletín de Información Municipal*, casi siempre en vísperas electorales) y el partido socialista (*Socialismo y Libertad*) sacaran irregularmente algún folleto. En los años setenta la ciudad carecía de imprenta. Las únicas y esporádicas publicaciones, por llamarlas de algún modo, que encontramos fueron hechas a multicopista y por tanto tipográficamente son muy malas. Tres de las encontradas fueron hechas por jóvenes: de la OJE, del

Instituto de Bachillerato y de las Juventudes Socialistas; el contenido político de ésta última salta a la vista (formó parte de la campaña de captación de adeptos una vez legalizado el partido socialista) en cambio las otras dos resultaron inocuas desde el punto de vista político pudiendo entenderse como síntoma de una inquietud juvenil que quería hacer cosas. Por último ha de citarse la publicación parroquial, hecha con los mismos medios. En una aparente e inofensiva hoja seriada (solía ser un DIN A4, impreso por las dos caras y a otras tantas tintas) que aparecía en festividades relevantes, el párroco de La Anunciación (la mayor de las feligresías) informaba de los asuntos propios (horarios de misas, festividades, restauración del templo) pero, también, en aquellos politizados tiempos encontramos noticias de la muerte del General Franco y, pongo por caso, de los debates constitucionales en lo relativo a la regulación de la situación de la Iglesia Católica; que los textos sean o no del párroco en este caso es secundario; el grado de influencia de estos textos en la comunidad cristiana virgitana también es otra cosa.

La posibilidad de contar con la colaboración de algunos de los protagonistas y testigos de los acontecimientos constituyó nuestra principal apuesta. No dejamos que fueran ellos quienes decidieran los puntos del relato de la Transición: respondieron a un cuestionario, generalmente extenso, que se les entregó con antelación suficiente al objeto de que lo contestaran mejor por escrito (todos tenían cierta formación y cultura) que verbalmente (conversación que sería grabada); no era tanto cuestión de recordar lo dicho como de tener materialmente las afirmaciones por razones que a nadie se les escapan. A la hora de plantear preguntas comprometedoras no hubo recato; otra cosa fueron las respuestas que recibí donde los distintos entrevistados respondieron o sortearon a su antojo. Se pretendía con esta fórmula (que luego se demostró infundada) evitar la autojustificación y autocomplacencia.

En total se recabó el testimonio de las tres personas que ocuparon la alcaldía entre 1975 y 1979; de tres políticos que, habiendo tomado el relevo a partir de abril del 79, participaron de una manera destacada en la configuración de las fuerzas políticas democráticas; de dos concejales, uno de la Corporación orgánica y otro de la democrática, conocedores del discurrir de la Historia en razón de ser licenciados en Geografía e Historia (los testimonios que dejaron por escrito corroboraron el acierto de la elección); por último recabé la opinión del párroco de la mayor feligresía virgitana. En general, los que habían ejercido el cargo durante la época franquista se mostraron, más que sorprendidos por la propuesta, incómodos

al recordar ante la opinión pública su participación en aquella azulesca situación política; personalmente nos encargamos de indicarle que el objetivo del estudio era precisamente el contrario, homenajear en cierta medida la altura de miras de quienes tuvieron que cerrar aquel capítulo manteniéndose en las instituciones a contracorriente. Todos respondieron admirablemente al encargo. No hubo igual suerte entre los demócratas pues lamentablemente (y añadiríamos inexplicablemente) hubimos de desistir de contar con quien lideró el centrismo local y tomó la vara en abril de 1979; afortunadamente habíamos seleccionado a un correligionario suyo que suplió en cierta medida su negativa. En cuanto a la Iglesia, en la mañana de un soleado Viernes Santo el párroco –ya emérito– de La Anunciación nos ofreció su visión de los acontecimientos.

Contamos con más testimonios. En este caso eran coetáneos de los acontecimientos. En los albores de la Transición los alumnos de bachillerato elaboramos un trabajo de clase sobre las instituciones –en su mayoría políticas– de Berja para una agonizante asignatura (heredera de aquella otra titulada Formación del Espíritu Nacional a la que se le habían cambiado los contenidos). Se prepararon distintas encuestas que fueron contestadas por quienes consideramos las personalidades más relevantes e instituciones más representativas de entonces. Como el vino, fue el transcurrir de los años el que le dio calidad: teníamos la foto fija de entonces y el cliché estaba celosamente guardado. Así pues, era posible contrastar las opiniones que dieron antaño unos personajes con las de ahora; en general, no hubo sorpresas.

Hubo dos testigos oculares más de la época que contribuyeron al relato. Uno de ellos quiso mantenerse en el anonimato y no figuró en la redacción²; funcionario de la organización sindical habíamos visto su nombre en la documentación del Consejo Local del Movimiento; la corrección afable con la que siempre nos trata (“nos brinda”, tratándose de él) facilitó la faena, traducida en un par de conversaciones “peripatéticas” en la ahora Plaza de la Constitución, antes del Generalísimo y antaño de la Libertad. No reclamamos de él tanto su opinión como la aclaración de determinados puntos del centrismo local (del socialismo no hubo dificultad alguna dada la predisposición de los solicitados; el conservadurismo aliancista y el

2. No creo que D. Gabriel Luis García Callejón se enfade por aparecer en una nota a pie de página en una publicación tan distante de Berja.

neofranquismo tardó algo más en organizarse); el disparo fue certero pues él recibió en temprana fecha la invitación para organizar la UCD; aunque declinó estar en la primera línea colaboró y fue autor del acróstico que componiendo el nombre de Berja figuró en el folleto para las primeras elecciones municipales democráticas.

El otro testigo ocular fue quien escribe estas líneas. Como joven bachiller entre 1975 y 1979, seducido por la observación de cuanto transcurría tuve la ocurrencia de tomar notas de algunos de aquellos sucesos (v.gr., asistía a todos los mítines que se celebraban y recogía la propaganda), guardaba folletos y publicaciones acaso porque en este marco local de más de diez mil habitantes, aparte de frecuentar la biblioteca municipal, pocas distracciones había. Con ocasión del aniversario los desempolvamos y sirvieron para elaborar el trabajo de referencia. Estos testigos, más que los protagonistas, al no estar necesariamente comprometidos ideológicamente con las partes, menos condicionados por planteamientos ideológicos, resultaban de una utilidad extrema. Nos permitieron ir más allá tanto de los textos como de los propios testimonios. Buscar más fuentes orales, de otra naturaleza, nos pareció excesivo e infructuoso. Excesivo por cuanto la Transición en estas fechas fue política y creemos haber contado con quienes la ejercían o estaban a punto de disfrutarla; infructuoso porque el nivel de asociacionismo en Berja siempre ha sido bajo (incluso el religioso) y aún más en aquellos momentos. En consecuencia se podían obtener aún más visiones pero de seguro que redundarían en más de lo mismo.

* * *

Dada la escasa afición a la lectura en estos pagos, la Transición llegó a Berja por las ondas hertzianas del Movimiento. No existían núcleos contrarios al régimen en este marco cuya economía se caracterizaba por una actividad agrícola en crisis, una propiedad irregularmente repartida (pero al fin y al cabo repartida), con jornaleros que encontraban su trabajo en los invernaderos del municipio próximo de El Ejido, con la minería muy en declive y sin otra muestra de tejido industrial, con cierto nivel de desarrollo en lo comercial fruto de una centralidad comarcal. No hay constancia de la existencia de centrales sindicales en la clandestinidad ni en los primeros momentos; tampoco se constatan conflictos sociales.

¿Cómo funcionaba el Movimiento en Berja en torno al año 75?. Mal; mejor dicho: su actividad era prácticamente nula al menos en lo relacionado con pro-

selitismo doctrinal. Todos los testimonios son coincidentes al señalar que, al menos desde 1974 el Consejo Local, aunque legalmente constituido, no funcionaba; nos lo indicaron las distintas personas que ostentaron su jefatura como atributo del cargo de Alcalde. “Nos reuníamos, nos fumábamos un cigarrillo y, transcurrida media hora, nos marchábamos”, nos confesó quien ejerció como tal cuando murió Franco. Su sucesora en el cargo nos ha confesado ahora que, en realidad, ella nunca supo lo que era el Movimiento; en un testimonio de antaño mostraba su interés por revitalizar el Consejo Local, acaso para encontrar más apoyos sociales a su gestión.

Otros órganos como la Sección Femenina, había abandonado —a nuestro parecer— toda intencionalidad doctrinal y sus funciones quedaron reducidas a mantener las escuelas de Corte y Confección y de “bailes regionales”. En el lado simétrico, la OJE, siguió funcionando hasta finales de los años setenta. Su labor en pro de la doctrina nacionalsindicalista —y lo decimos por experiencia propia— era escasa o nula. A lo más que llegaba era a promover actividades básicamente deportivas y organizar eficazmente durante el verano los campamentos de verano en Aguadulce a los que acudíamos. Salvo encuadramientos, insignias, canciones y uniformes, poco más había —entiendo yo— de adoctrinamiento; el posterior encuadre ideológico de los que concurríamos a estas actividades ha venido a demostrar la escasa eficacia de aquellos esfuerzos.

Las imágenes más emblemáticas del Movimiento estaban en franco retroceso. La Cruz de los Caídos, una cruz exenta en el centro de la ciudad en unos jardincillos semiabandonados (cuyo solar no era ni siquiera propiedad del Ayuntamiento), se ergía sin mención expresa a bando alguno; el responso a los Caídos del 20 de noviembre dejó de hacerse a comienzos de los setenta, momento en el que también desapareció del atrio de la Iglesia el “¡presente!” joseantoniano, como consecuencia de unas reparaciones y pinturas que hizo el párroco. Las inclemencias del tiempo meteorológico y el transcurso del cronológico liberó a Berja del yugo y las flechas (en madera pintada de color rojo intenso) ubicada a la entrada de la ciudad como señal de la liberación de 1939. También cayó el símbolo del Frente Juventudes. Sólo los rótulos de las calles (los nombres seguían siendo los de siempre) y las tres banderas —enormes por cierto— que comenzaron a colocarse en la fachada del Ayuntamiento en las solemnidades eran todos los símbolos que se mantenían desde la Cruzada.

Si algo llama la atención de la Corporación Municipal es la inestabilidad de la alcaldía; no solo hasta la muerte de Franco (tres alcaldes distintos en cinco años), sino en toda la década (dos alcaldes más), con el agravante de los grandes periodos de interinidad entre uno y otro mandato, todo en claro contraste con los años sesenta (un solo alcalde); ningún Alcalde fue cesado por la autoridad competente sino que se atendieron los argumentos que se esgrimían en la renuncia. La escasez de recursos y de competencias en la administración local dieron al traste con las mejores intenciones e iniciativas de quienes ocupaban el sillón municipal que, obligados a aceptar el cargo, sin margen de maniobra, con la circunstancial colaboración de la representación corporativa, parece que iniciaban su mandato contando los días que faltaban para su relevo. Cuando, muerto ya Franco, el Alcalde fue uno de los concejales elegidos corporativamente, las cosas no cambiaron sustancialmente en Berja. El Ayuntamiento franquista, que se reunió por última vez celebradas ya las elecciones municipales democráticas con la única intención de aprobar el acta anterior y no dejar en manos del nuevo Pleno que tomaba posesión en los días inmediatos, era una Corporación muy mermada de la que faltaba un tercio de los concejales por renunciaciones, ceses y otras circunstancias.

Sobre esta menguada y poco definida hueste del Movimiento recayeron las directrices madrileñas que reconducían la situación por el camino de la reforma. A poco que se consulten las fuentes, verbales y escritas, todo el aparato local colaboró con entusiasmo, sintiendo que vivían momentos trascendentales. Si los que se entendían que debían estar más concienciados políticamente asumieron esta realidad, lo mismo o más cabía de esperar del resto de la ciudadanía. El *referendum* del 76 contó con un elevado índice de participación (más del 80%) en el que los síes (entre los que se encontraban los miembros de la Corporación que hemos entrevistado) ganaron de forma abrumadora (97.7%); incluso los testimoniales votos en blanco (que acaso era de quienes, creemos, se sumaban a la mayoría desde posiciones del caduco régimen) superaron a los noes en una proporción de 3 a 2. En el *referendum* del 78, el de la Constitución, aunque con una participación mucho menor (tan sólo el 68%) también fueron mayoritarios los apoyos (92.7% de síes). El que los medios de comunicación estuviesen en manos de quienes controlaba el proceso facilitaba que nada se desmadrara. Los propios entrevistados reconocen que su principal fuente de información era “la primera”, la única televisión (pública) existente entonces; como en medio país la UHF, ahora “la 2”, no se captaba en Berja.

No hay constancia de conflictividad social, manifestaciones o huelgas durante estos años. La única manifestación, no autorizada, la protagonizamos los cincuenta alumnos de COU del Instituto de Bachillerato al oponernos a la selectividad; más bien fue una “romería” hasta el Ayuntamiento con retorno al centro escolar cuando alguna autoridad nos señaló que carecíamos de la autorización correspondiente. Un conato de conflictividad, que podía afectar aproximadamente a dos mil trabajadores, mayoritariamente mujeres, se solucionó en horas³.

Los impulsos para la organización de los partidos políticos fueron distintos. Madrugó el socialismo local (PSOE) que en el otoño del 76, todavía en la clandestinidad, habían iniciado los contactos con el comité provincial quedando fundada la agrupación local en febrero de 1977 “por iniciativa personal de antiguos militantes y nuevos simpatizantes; los militantes se captaron a través de afiliados, jornaleros agrícolas, construcción y estudiantes”. El primer acto público, ante medio millar de personas, se celebró tres meses después en plena campaña electoral; la identificación con algunos gestos (el más llamativo fue el puño cerrado en alto) de buena parte de la concurrencia significó ciertamente complicidad –seguro que no tanto militancia– con las ideas enunciadas en el mitin. La organización socialista, en particular sus juventudes, fue la más dinámica y desgarrada. El socialismo del Partido Social Popular (más que el andalucismo con el que estaba en coalición en Andalucía) contó en Berja con un apoyo más personal que de partido; presentaba al Senado el antiguo Juez de Primera Instancia e Instrucción de Berja: Joaquín Navarro Esteban.

3. Desde tiempo inmemorial la “faena” (labor de recogida, preparación y envasado de la uva de mesa para su exportación) no se ajustaba a la legalidad. La jornada laboral se dividía en dos periodos de cinco horas por el que se pagaba, en el caso de los hombres, el salario mínimo interprofesional correspondiente a ocho horas; entre las mujeres sólo las “maestras” se aproximaban al salario masculino para ir descendiendo en las otras categorías (oficiales y limpiadoras). Nadie denunciaba pues al miedo a destacarse (“señalarse”) se añadía la escasa efectividad de los inspectores, cuya visita era siempre conocida con antelación y, en los años sesenta, dicha jornada era de “recreo” entre los niños que trabajaban en la faena. No había contratos de trabajo; al final de la jornada el “listero” pasaba y anotaba quien había trabajado. La mala situación de la exportación uvera se esgrimía secularmente para justificar tal estado de las cosas. Recién legalizadas y establecidas las centrales sindicales –en Berja fue la UGT la primera– en el primer día de faena, transcurridas la ocho horas de trabajo, algunas jóvenes limpiadoras se cruzaron de brazos y recogieron sus cosas; al acercarse el propietario y preguntarle si no trabajaban más respondieron que no dado el salario que iban a percibir. Al día siguiente, todos trabajamos ocho horas.

La organización del centrismo local llegó con dos años de retraso respecto al socialismo, esto es a finales de 1978, antes del *referendum* de la Constitución. Ello no fue óbice para que el año anterior, con ocasión de las legislativas, fuese la candidatura más votada en Berja (47% frente al 35% del socialismo). El impulso vino del Comité Provincial que recabó apoyos entre las distintas personas que, vinculadas al Movimiento, no habían sido primeras espadas del mismo. La inminente celebración de las nuevas elecciones legislativas (que las encuestas atribuían como vencedor al PSOE) precisaba la búsqueda de apoyos para dinamizar a los votantes del centrismo sociológico. Pero sin duda era la inmediata renovación de los ayuntamientos lo que debió acelerar la organización del centrismo local pues se requería preparar al electorado (hacer un programa local) y configurar la lista de personas para el municipio. Esta última era sin duda la gran preocupación y los resultados no pudieron ser mejores: hubo lista (toda gente nueva y muchos maestros) y resultó ganadora.

Ambos partidos se repartieron más del 84% del censo. En el origen de las iniciativas para la fundaciones políticas pudo radicar en gran medida el ulterior éxito o fracaso de dichas organizaciones.

* * *

A la mayoría de los encuestados les gustó la narración publicada; lo han comunicado verbalmente o por escrito. El “yo lo hubiera redactado de otra manera” seguido de un inmediato cambio de conversación, como respuesta a una diplomática pregunta relativa a la recepción de la revista, nos dio a entender cierto disgusto de alguno, aunque no dejó entrever la naturaleza del pecado (mortal o venial). Algunos militantes de izquierdas, activistas de la época, mostraron a otros su disgusto sin que hasta el momento hayamos podido saber la razón; quizás los “adornos literarios” al comentar los biliosos y panfletarios folletos de las Juventudes Socialistas y el parecido formal que tenían con los que hacía la OJE local a comienzos de los setenta, dejando entrever la simultaneidad colaboradores... Tiempo habrá para comentar estas presuntas diferencias que no son compartidas por el más conspicuo hombre del socialismo local.

Reconocemos que algunas cosas quedaron en el tintero. En el tema de partidos desconocemos los índices de afiliación, su funcionamiento interno, la toma

de decisiones, el peso los comités provinciales sobre los locales, las consignas...; en realidad aún es pronto para plantear el asunto. En la dinámica social podíamos habernos adentrado algo más en el tema religioso pues sabemos que la acción católica se reorganizó en torno a 1970 con gran entusiasmo y con indudable calado social; el mismo prisma religioso daría para otras líneas de investigación que no es prudente siquiera señalar. Sería de interés el buscar si existieron otros cauces de adoctrinamiento en democracia en un ámbito local distintos de la casi siempre (y ahora, al borde del tercer milenio más) manipulada televisión oficial y prensa del Movimiento. Son algunas muestras de por donde se podría continuar el análisis. El tintero pues, aún no está agotado. Nada en Historia es definitivo y entiendo que lo redactado para *Farua* fue la historia posible en estas circunstancias a la espera de que en fechas venideras el texto sea superado. Como dice el subtítulo del trabajo tan solo nos limitamos a dar unos “Apuntes y recuerdos para la Historia”.